



Cuando la escuché cantar por vez primera, su voz suscitó un movimiento súbito en mi mano, para llamar la atención de quienes conversaban conmigo en aquel instante.

–¿Escuchan esa voz?

Todo en derredor pareció aminorar su velocidad. Esos cautivantes códigos de Hidrosfera me eran familiares. Cinco minutos de inmersión y el trasmallo del saludo me sacó de la realidad.

–Hola – su andar por el pasillo central del auditorio desencadenó una onda suave de brisa marina de amanecer.

–Hola, ¿qué tal? –no sé cómo atiné a responder.

–Muy bien. Que tengan buena suerte– dijo, sin detener el ondular pisciforme de su pantalón de bastas de elefante que la conducía a la salida.

Nuestro turno al ensayo se acercaba.

–Quiero que ella cante para mí.

–Bueno, corre y háblale.

–Después del festival, será mejor.

Una expectativa de generoso y plano remanso me subía por los pies a medida que transcurría el espectáculo.

El trueno del veredicto favorable desató una borrasca de besos y abrazos entre los miembros de la agrupación, en medio de la marejada del público en desorden. Por más que me empinaba por encima del nivel de las cabezas, no lograba dar con ella. En la hoja del programa, sólo me quedaba su nombre y el de la escuela que había representado.

Durante dos meses, mis horas de sueño con-

cluían con una sensación de oleaje y la remembranza de aquellos dibujos que aparecían con sólo colocar las curvas francesas de mi abuelo sobre el papel. Él se limitaba a sonreír cuando veía esos seres en mi cuaderno; una en cada página, terminadas con ese vigor de resplandores acuáticos que se derramaban de la caja de 36 lápices que, como un augurio, me había regalado.

El anuncio de la Muestra Musical Universitaria me empujó lejos de las orillas del recato.

“SE BUSCA A LA ENFERMERA
ORIANA OBDULIA ORTEGA
PARA INTERPRETAR CANCIÓN.
FAVOR LLAMAR A **RADAMÉS MEREJO**
AL TELÉFONO **264-5459**.”

Puse los letreros tamaño carta, hechos con marcador negro, por todos los espacios visibles.

Un día de inicios de enero, la vi bajar por las escalinatas de su escuela con su paso de brisa marina de amanecer.

–¡Al fin! – rompí la paz de su andar.

–Hola – se sorprendió como pez circunscrito por la tarraya.

–¿Imagino que viste los letreros?

–N... no. ¿Cuáles letreros?

Su sonrisa de ola ancha y sus ojos de ónice y nácar me distrajeran un poco.

–Hace más o menos un mes, puse letreros en todas las paredes de tu escuela, solicitándote para que cantaras una canción mía en el festival de mayo.

–¡Ay, eras tú!

–Pero, si los letreros hasta tenían mi nombre y mi número de teléfono...

–No, es que no fui yo quien los vio. Unas compañeras de la escuela me hicieron el comentario y pensé que estaban jugándome una broma, porque cuando revisé las paredes, no vi nada.

–Bueno. Eso ya no importa. El asunto es que hay un festival en mayo y quería saber si estarías dispuesta a cantar una canción mía.

–S... sí, está bien.

Algo mareado por el sencillo mecer de su respuesta increíblemente afirmativa, propuse ensayos y acordamos días, horas y lugares.

Al principio, creí que era mi imaginación, pues ensayábamos en un salón cerrado de pequeñas ventanas dispuestas a dos metros del piso. Pasadas seis semanas, iniciamos los ensayos al aire libre, con la idea de inmunizarla contra el pánico escénico. Fuese plaza, parque o jardín, siempre ocurría lo mismo. Cuando cantaba, la velocidad de todo aminoraba y sus cabellos largos, recogidos en una cola, oscilaban irregularmente con la textura y forma de las algas pardas del mar del Sur.

La obtención del segundo lugar fue motivo de celebración, sobre todo porque estábamos convencidos de la culpabilidad del baterista, quien, al parecer, desconocía por completo el ritmo del mar.

La madre de Oriana dispuso que nos reuniéramos el domingo, para almorzar en el Club de Montaña. Pero, como nadie supo lo de la piscina, únicamente Oriana fue preparada para el nado.

Sus movimientos eran tan precisos que el desplazamiento del agua pasaba inadvertido. Lo más impresionante era el tiempo que permanecía bajo el agua y la salida de su cuerpo hasta la cintura, con los brazos extendidos hacia el cielo y sin tocar el fondo con los pies. Nunca hacía clavados. En lugar de eso, prefería entrar desliziéndose por los bordes.

Entre amarres de notas y versos, se fueron acercando las naves de nuestras vidas sin darnos por enterados, hasta que, durante un ensayo, ella me regaló una tarjeta de San Valentín.

Por un momento, me sentí sumergido entre in-

seguridades que me impedían el movimiento fácil.

–Pensé que, si alguien merecía una tarjeta en el día de la amistad, ése eras tú –me rescató con su voz ante la inminente asfixia.

–Gracias – es todo lo que fui capaz de decir, mientras recuperaba el aliento. Ella no levantaba la vista del suelo.

Un minuto después, la invité a cantar. Afiné la guitarra, introduje el tema con un arpegio y su voz se esparció, aminorando la velocidad de todo en derredor. Empero, una variante en su timbre habitual propició el desalojo de los corredores y, en el edificio entero, sólo quedamos ella y yo.

Lo mismo empezó a ocurrir donde quiera que estuviéramos ensayando, siempre y cuando yo le hiciera alguna observación con respecto a entonación, dicción o interpretación. Aún así, ella procuraba estar conmigo más a menudo, haciendo sus pasos mucho más sutiles al acercarse.

Por mi parte, yo buscaba entre libros, folletos, revistas, sueños y recuerdos alguna fórmula para hacerle frente a este desconocimiento de palabras que me ahogaba con cada muestra de cariño que ella me daba. Claro que, además, era urgente corregir lo del timbre de voz. Si no, ¿quién nos iba a escuchar?

Una noche de vacaciones en Gardí Súdgup, decidimos ensayar para participar en una actividad cultural de la comunidad. Bastó la observación sobre la letra de una canción, para que la voz de Oriana causara el desalojo paulatino de las veredas y hasta del firmamento, haciéndole perder sus adornos adamantinos. Esta vez, una lágrima se resbaló de su conjuntiva a la arena, dejando paralizado al mar por un minuto.

Me retiré desconcertado hacia el embarcadero. Allí me fue a buscar ella.

–Perdóname, Radamés. Prometo que esto no volverá a suceder.

–Perdóname tú a mí. Sé que te estoy haciendo daño.

–No te preocupes por eso y regresemos a ensayar. No quiero perder tu amistad.

–Nunca perderás mi amistad. De eso puedes estar segura. Pero, ahora, necesito estar a solas.

–Está bien.

Los trinos de la mañana me sacaron de la hamaca con un regocijo salino. Había encontrado la solución. Me dirigí al rancho en donde se alojaba.

–Se fueron al muelle.

–¿Se fueron?

–Sí. Todos se fueron al muelle.

Agitado por la carrera, alcancé a ver el velero que pasaba veloz frente al muelle.

–¡Ven con nosotros! – su gritos levantaban crestas violáceas en el agua.

–¡No sé nadar!

–¡No importa, yo te salvo!

–¡Cuando vuelvas, te daré un beso! – una salpicadura me roció el rostro.

–¡Que, ¿qué?! – pero, el quejido de las gaviotas no la dejaban escuchar con claridad y, a la tercera vuelta, ya no estaba en el velero.

Más allá de Tupile, la alcancé a ver nadando como siempre; sin esfuerzo alguno. Se sumergía por minutos y, otra vez, aparecía con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. Lo último que vi fue una cola horizontal de mamífero acuático.

Dicen los nativos que la han visto cantando, reposada en los bancos de arenas blancas, aminorando la velocidad de los pelícanos en clavado. Para esos días, aseguran que la pesca es mejor, porque viento se detiene, para escuchar su voz.

Casualmente, ayer, recibí una fotografía, como de postal. Ella aparece con el torso fuera del agua, hasta la cintura, y los brazos extendidos hacia el cielo, saludando con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. A sus espaldas, va un crucero de turistas navegando.

Al revés de la fotografía, escritos en tinta de sepias, estaban los siguientes enunciados:

“Cuando quieras cantar conmigo, volveré a ensayar contigo”

RAMSIS MEJÍA AGUILAR: Panamá, 1963. Técnico en Artes Plásticas (INAC); Licenciado en inglés con énfasis en traducción; Profesor de Inglés; Postgrado en Docencia Superior. Ha publicado los poemarios: **El canto de la Choroteca** y **siete sonetos de aguacero** (2002) y **Memorias del mar y otros platónicos secretos** (2007). Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Marla bajo la lluvia

POR SHANTAL MURILLO

Esta es la historia de Marla y de los extraños sucesos acontecidos a su alrededor cada día lluvioso de abril de 2005. No me pregunten por qué sucedían estos extraños e insólitos eventos, porque seguramente la única repuesta que podría darles es que lo ignoro por completo. No, no estoy aquí con el propósito de explicarles las causas, mi cometido es única y exclusivamente documentar lo que con mis propios ojos observé aquel extraño mes de abril en Panamá, específicamente en la comunidad de Las Tablas.

Marla Rivera, una jovencita de trece años, es hija de la hermana de la abuela de mi prima, y era la única persona que conocía en el pueblo de Las Tablas. Desde hacía algunos meses que venía dándole vueltas a la idea de hacer un estudio sociológico del comportamiento de las personas, cuando éstas estaban alejadas del ruido y estrés de la vida en la ciudad. Las Tablas era un pueblo más que perfecto para esta misión, pero invariablemente necesitaba pedirle el favor a la madre de Marla para que me diera hospedaje por el mes y medio que duraba el experimento.

Casi he olvidado la primera vez que vi a Marla... recuerdo que fue en uno de los famosos carnavales tableños, la familia de mi prima me había invitado a pasar los carnavales con ellos y nos quedamos en la casa de la pequeña. Yo podría tener unos diez años y la niña unos cuatro o cinco. No se por qué, pero desde el primer momento